

Coronavirus, su relato

Este virus o mejor dicho su actual gestión por parte de los Estados ha acabado organizando, con gran rapidez, nuestra vida cotidiana, la vida cotidiana de gran parte de los habitantes de la Tierra. Con el mismo virus podía haber sido de otra manera. Con otro relato, con otra salida televisiva otro hubiera sido su impacto en la vida de las gentes. Las gripes que padecemos anualmente, sus virus, sus muertos no salen por la televisión. El coronavirus no se ha movido de ella y desde ella se ha arrojado una gestión que viene a modificar nuestra vida. Una gestión de la muerte viene a modificar la vida.

La pantalla ha sido la que ha articulado toda la propaganda. Propaganda que no pretende tanto modificar las ideas –puedes opinar lo que quieras sobre el coronavirus– como provocar una acción, lograr un mismo proceder –lo que se ha conseguido.

Tan rápido como su implantación ha ido nuestro apego, nuestro acostumbrarnos a ello. Somos seres maleables, nos acostumbramos a todo. La costumbre, lo ya hecho nos envejece. Nos hemos acostumbrado a la nueva situación, tan contraria a nuestro modo de ser: seres sociales, con un cuerpo relacional, y la actual gestión del coronavirus dicta precisamente el alejamiento social. Evitar al otro, marcar distancias, todos a casa, precisamente lo opuesto a nuestras redes de solidaridad.

No sabemos cómo afectarán estas nuevas maneras de comportamiento relacional, caras tapadas, guantes, y la transmisión en los niños de los temores de los adultos. ¿Dónde queda la seguridad física y afectiva que hasta ahora ofrecían nuestras relaciones a través del cuerpo a cuerpo?

Con la gestión de la pandemia se ha modificado la vida cotidiana y la vida política. El Estado cada vez menos político y más despótico, es decir sin estructuras parlamentarias, sin división de poderes: sociedades cada vez más autoritarias. La razón económica se ha impuesto a la política que se dobla en asistencial, para tener en pie la fuerza de trabajo necesaria aún para la reproducción capitalista.

Lo que distingue la epidemia causada por el coronavirus de las epidemias gripales que padecemos todos los años es su fácil contagio y su salida en pantalla. Su gestión por parte de las autoridades científicas, sanitarias, políticas, económicas, convertidas en soberanas, ha desplegado el alejamiento social cuando somos precisamente seres sociales. Introduce el miedo en las relaciones personales y el pánico en las relaciones sociales.

La gestión del coronavirus discute lo más esencial de nuestro ser social. El confinamiento desfuncionaliza las formas que sostienen nuestra sociabilidad. Por ejemplo una librería, si no puedes entrar y mirar y tocar un libro, deja de ser una librería, pierde su función. Igual, por ejemplo, una tienda de ropa si no puedes probarla. Una escuela deja de serlo si no prima en ella la relación con el otro, la socialización sobre el aprendizaje. Tomar un vaso deja de serlo si no brindas con el otro/a.

La nueva normalidad, en lo esencial vieja como el capital, viene a modificar nuestra vida cotidiana. Empieza por una mayor predisposición a la vigilancia y al control, cuando la supervivencia se ha convertido en indiscutible, cuando salvar la Economía se ha convertido en prioridad.

La nueva normalidad se vislumbra entre una lucha por el mantenimiento de una cotidianidad avistada: menos coches en la ciudad, menos polución, más solidaridad... Y la arrogancia del 5G, el internet de los objetos, un paso más hacia la inhumanidad.

Muchas preguntas genera esta nueva situación, ¿Cómo transformar esta perplejidad y esta imprevisibilidad en nuevas oportunidades para un cambio real a nuestro favor?

Desde la calle, 15 mayo 2020